

Hastío

Belén Fernández Crespo

Todo este hastío comenzó con la mordedura de una ardilla. El pobre excursionista no le dio importancia, se curó la herida y siguió con su paseo. Quién le iba a decir que esa decisión iba a causar este cataclismo mundial...

En las primeras fases del nuevo virus RS1H0 (Rabid Squirrel 1-Hiker 0), éste permaneció completamente asintomático, contagiándose de forma aérea, y viajando a gran velocidad por todo el mundo. Pasado un mes, se desató el Apocalipsis: las personas infectadas se volvieron violentas. Sentían unas ganas irrefrenables de morder al resto de seres humanos. Con la confusión inicial, era fácil que un *zombie* los pillara por sorpresa y los desgarrara la yugular, dejándolos muertos sobre el pavimento.

Una vez que una persona pasaba a la fase *zombie* de la enfermedad, ya no era contagiosa. No se sabe por qué algunas personas eran inmunes y otros no, pero tras un tiempo nadie más fue infectado. La población terminó tan mermada que sólo quedamos un tercio de vivos, y otro tercio de *zombies* que no han sido eliminados por el ejército o los grupos vecinales.

Después de dos años, los que seguimos en este mundo luchamos por seguir con nuestras vidas intentando que los *zombies* no nos den mucho la lata. Ya nos conocemos muy bien, demasiado. Y es que son unas auténticas "moscas cojoneras" que están dando día y noche la murga.

Hay un *zombie* al que mi hijo llama Frankie porque ya tiene un color muy verdoso, como Frankenstein, que siempre anda por el barrio. Algunas noches le da por ponerse a gruñir y dar vueltas debajo de nuestra ventana y no para... No hay quien duerma. ¿Quién se levanta a las 5 de la mañana para ir a trabajar al día siguiente? El otro día pillé a Carlos, mi hijo, tirándole un filete de ternera por la ventana y le castigué. ¿Cómo vamos a librarnos de Frankie y sus noches en vela si le alimenta? Un *zombie* no es un perro. Tampoco puedo culpar a Carlos, ya

que no queda ni un solo animal que se pueda tener como mascota porque los *zombies* se han comido todo lo que anduviera suelto y fuera susceptible de ser alimento: perros, gatos, pájaros, peces...

Con la disminución de la población, los típicos atascos habían terminado. ¡Qué relax llegar al trabajo de un tirón! Pero nos duró poco. Los *zombies* van andando sin control por todas partes en busca de comida, y a veces se meten por la carretera. Siempre hay *zombies* atropellados tirados por la calzada a los que hay que andar esquivando para no destrozar los bajos del coche, o *zombies* que deambulan y se lanzan contra el parabrisas, a los que no hay más remedio que atropellar. Con tantos partes cada vez tengo que pagar más por mi seguro a terceros (ya desistí de tenerlo a todo riesgo).

Es un tostón tener que llevar siempre un bate de béisbol o un instrumento contundente con el que defenderte si algún *zombie* te ataca cuando vas andando. Pesan muchísimo y además tienes una mano ocupada. No hay quien salga a dar un paseo relajado: se oye su gruñido característico (anda que intentan disimular), miras a tu alrededor y ves un *zombie* que va despacito, despacito hacia donde tú estás, pensando que vas a ser parte de su almuerzo. Coges el bate, te preparas... Y ¡hala! Otro *zombie* espachurrado más. Me dan pena los que trabajan en la patrulla de limpieza: no paran de higienizar y desinfectar zonas, porque los *zombies* lo dejan todo perdido de podredumbre y pus.

En resumen, ésta es nuestra vida. Dicen que el ser humano es muy versátil, porque logra adaptarse a todas las circunstancias... ¡Qué remedio! Tengo la esperanza de que llegará un momento en el que logremos librarnos de los *zombies* que quedan y podamos vivir nuestra estresante existencia de siempre con su agobiante operación bikini, sus molestos móviles, y sus incómodos números rojos. Justo igual que antes de que ocurriera este tedioso desastre mundial.